

CAPÍTULO 1

Sospecho que debí de ser un niño con poco apetito. Sólo eso explica que mi madre se viera obligada a recurrir a las más retorcidas argucias para alimentarme. Recuerdo que se sentaba frente a mí, con el plato en la mano, y preguntaba, por ejemplo, ¿te he contado cómo degollaron a Maqueda? Mamá era así de sutil y no le importaba narrar un episodio atroz a un niño de cinco años con tal de que merendase.

Había escuchado la sanguinaria historia del crimen del boticario decenas de veces, pero la propuesta de oírla de nuevo me hacía, una tarde más, abrir la boca y aceptar los pellizcos de pan con tortilla francesa que, revueltos con la descripción del asesinato, me iba ofreciendo.

Joaquín Maqueda era forastero; un hombre cojo y rico, que vivía sin familia en la rebotica de su farmacia; un elegante señor que siempre salía a la calle luciendo un singular sombrero panamá. Estaba prometido con Isabel Coy, una atractiva mujer mucho más joven (y pobre) que él. Pero un mozo de barbería llamado Matías Cervantes, al que todos conocían por el Garra, la amaba en secreto, sin haber revelado nunca a nadie su oculta pasión. Una tarde de domingo, decidido a no dejarse robar a Isabel, el Garra

metió la navaja de afeitar en el bolsillo y salió a la calle. Estuvo deambulando por el Carril hasta que vio a Maqueda comprando cigarrillos en el quiosco de la plaza de la Fuente; entonces, el muchacho lo abordó por detrás y, sin mediar palabra, le seccionó la garganta. Al boticario ni siquiera le dio tiempo a ver la cara de su asesino ni a entender el motivo de su muerte. Sin duda, estas dos circunstancias del homicidio fueron las que, tiempo después, llegaron a turbarme, estimulando mi curiosidad por comprenderlas.

A la misma hora del crimen, mi madre paseaba cerca, cogida del brazo de una amiga, y llegó a ver con sus propios ojos el cadáver de Joaquín Maqueda tendido sobre el mostrador de la paquetería de Nemesio, donde lo habían tumbado a la espera de que llegara la Guardia Civil. Contaba que, unos momentos antes del homicidio, se había topado con el Garra por la calle y que, aún antes de este encuentro, durante su habitual recorrido por el Carril, se había percatado del elegante traje de verano que estrenaba Maqueda ese día. Ningún indicio hacía sospechar el brutal desenlace.

Después a mamá le venía a la memoria –y así me lo dejaba caer– la imagen del muerto ataviado de crudo y veteadado de pinceladas de sangre y el aspecto de las perneras de su pantalón: empapadas de un rojo reciente desde las rodillas hasta los bajos, como si allí se le hubiese acumulado la muerte. Y la presencia del puñado de moscas revoloteando confusas sobre la escena.

–Cuando vi al muerto encima del tablón, ya no llevaba puesto el sombrero –con este pormenor concluía el relato, a la vez que me endosaba el último bocado de tortilla. Luego se ponía de pie y se marchaba a la cocina

canturreando una copla de esas que recrean alguna desgracia; y me dejaba solo, masticando en silencio la bestial declaración de amor de Matías *el Garra* a Isabel Coy.

Así de simple me contaba, cada tarde, la historia de la muerte de Maqueda. Pero yo, con los años, me preocupé por saber más y fui esclareciendo nuevos detalles del crimen.